

CAPITULO I

UNA VISITA A UN TEATRO Y SUS CONSECUENCIAS

Las Carreras de Puncheston habían terminado. Muchedumbres regresaban hacia sus hogares después del famoso "Derby" irlandés, por tren y vapor a través del Canal de San Jorge. Entre ellos se hallaba un acaudalado colono retirado. Este se dirigió apresuradamente al puerto de Kingstown, pero llegó atrasado en cinco minutos y no pudo tomar el vapor; así, no tuvo más remedio que permanecer esa noche en Dublín. No sabiendo qué hacer para pasar el tiempo, fué a dar una vuelta. Notó en el frente de un teatro los nombres "D. L. Moody e Ira D. Sankey" (1); se preguntó qué compañía de zarzuela sería ésta, entró y . . . ¡tuvo la mayor sorpresa de su vida! Quedó perplejo al hallar el lugar colmado de público, y en el escenario unas cuantas personas vestidas con traje común y un hombre que cantaba. Tenía una voz maravillosa y cantaba palabras como jamás había oído. Al escuchar el estribillo una y otra vez con cada estrofa del himno:

"Noventa y nueve ovejas son
Las que en el prado están,
Mas una sola sin pastor
Por la montaña va."

se quedó como clavado al lugar. Terminado el himno, se sentó y oyó predicar a Moody y, cosa rara, en vez de volver a casa al día siguiente, se quedó día tras día. Finalmente, una noche siguió a un gran número de personas que se levantaron para ir a la sala de interesados. Moody se arrodilló junto a

(1) Famosos evangelistas norteamericanos que realizaron grandes campañas de evangelización en Estados Unidos y Gran Bretaña en el siglo pasado. Sankey fué cantor y autor de la letra y música de muchos himnos, entre ellos, el citado más arriba.

él y le dijo sencillamente: "Sr. Vincent, ¿cree que Jesucristo murió por Vd.?" "Lo creo", contestó. "Entonces", dijo Moody "déle las gracias"; lo hizo, y al salir de la sala era un hombre transformado.

El Sr. Vincent tenía un gran amigo, el Sr. Eduardo Studd, también un colono retirado. Había acumulado una fortuna en la India y vuelto a Inglaterra para gastarla. Era muy amante de toda clase de deportes. Hizo un entrenamiento especial para ir a la caza del zorro. Se puede decir que sus hijos nacieron montados. Iban a la caza a la edad de cinco y seis años, atados a la montura, cada uno con su pequeña casaca roja, y eso en el condado de Leicestershire, que tiene fama de tener los cercos más difíciles de saltar en toda Inglaterra. Dejando su propiedad de Hallaton Hall, compró una gran estancia en el condado de Wiltshire, Tedworth, ahora Tidworth, bien conocido de todo militar. Allí convirtió un potrero en una buena cancha de cricket. Aquellos eran los tiempos cuando el cricket estaba en auge en las casas de campo y durante todo el verano se concertaba campeonatos de ese juego. Pero sobre todo era un entusiasta carrerista. Amaba intensamente a los caballos y cuando veía hermosos caballos de raza los compraba, los entrenaba y los hacía correr. Hizo construir una pista de carreras en Tedworth y tenía una tropilla de unos veinte caballos. Ganó varias carreras de obstáculos, pero se realizó su mayor ambición cuando ganó la Gran Nacional con un caballo llamado "Salamandra." Fué una victoria inesperada y le llovieron felicitaciones (¡y cartas mendicantes!); la familia celebró el acontecimiento con una cena especial en la ciudad.

Después de terminada la campaña en Dublín, Moody y Sankey vinieron a Londres. "En aquellos tiempos nadie tenía mucha fe en un hombre que se levantaba a predicar el evangelio si no tenía dos cosas: el título de "Reverendo" y una corbata blanca en el cuello. La prensa no podía comprender a

un predicador como el Sr. Moody, que no tenía ni uno ni otra y, naturalmente, se publicó columnas y más columnas contra él. ¡Pero tenían que reconocer que podía atraer más público a sus reuniones que media docena de arzobispos, y que un mayor número eran convertidos por él, que por medio de veinte pastores! Por supuesto, no dieron una verdadera explicación de las cosas; decían que el Sr. Sankey había venido a vender órganos y el Sr. Moody a vender sus himnarios." El Sr. Studd leía los diarios todos los días y estas cosas le entretenían grandemente. Una noche tiró el diario y dijo: "Bueno, de cualquier modo, ya que este hombre está en Londres, iré a oírle. Debe haber algo de bueno en él o no sería tan censurado por los diarios".

Por ese tiempo el Sr. Studd compró un caballo que era mejor que ninguno de los que había poseído hasta entonces, y lo inscribió para una de las grandes carreras. Estaba tan seguro de ganar, que le escribió a su amigo, Sr. Vincent, y le dijo: "Si eres cuerdo, tú vendrás a la carrera y jugarás cada penique que puedas a mi caballo". Unos días después fué a la capital y se encontró con su amigo. Al viajar en el coche, el Sr. Studd no podía hablar de otra cosa que de su caballo. Fueron al Tattersall ⁽¹⁾. Después de terminar su negocio, se reunió nuevamente con el Sr. Vincent y le preguntó: "¿Cuánto dinero le has jugado a mi caballo?" "Nada", fué la respuesta. "Eres el tonto más grande que he visto en mi vida", dijo el Sr. Studd. "¿No te dije que era un caballo buenísimo? Pero aunque eres un tonto, ven a cenar conmigo; mi familia está toda en el campo y tú dirás a dónde iremos después de cenar." Cuando terminaron la cena el Sr. Studd preguntó: "¿Ahora dónde iremos a divertirnos?" El Sr. Vincent propuso el teatro de Drury Lane. "¿Qué", dijo el Sr.

(1) Célebre casa de remates y compra venta de caballos, etc.

Studd, "¿No es allí que están esos individuos Moody y Sankey? ¡Oh, no! ¡Hoy no es domingo! Iremos al teatro o algún concierto." "No", dijo el Sr. Vincent, "eres hombre de palabra y dijiste que irías donde yo eligiese." Al fin fué, pero de muy mal grado. Al llegar al teatro lo hallaron repleto y no quedaban localidades sino especiales. Pero el Sr. Vincent estaba determinado a no dejar la presa, así que, sacando su tarjetero escribió apresuradamente en una tarjeta a un acomodador que conocía: "Venga a cierta puerta y háganos entrar; tengo a un acaudalado deportista conmigo, pero nunca le podré hacer venir otra vez si no conseguimos un asiento." El hombre vino, les hizo entrar por la puerta de los artistas, a través del escenario, y los colocó bien junto al Sr. Moody. El Sr. Studd no quitó la vista de Moody hasta que hubo terminado su plática. Después dijo: "Vendré otra vez a oír a este hombre. Me ha dicho todo lo que hice en mi vida." Cumplió su palabra volviendo a ir, hasta que un día se convirtió.

"A la tarde de ese día," escribió uno de sus hijos posteriormente, "mi padre estaba lleno de algo que se posesiona del corazón y cabeza de un hombre más que cualquier otra cosa, la pasión por las carreras de caballos, y a la noche, era un hombre transformado. Naturalmente, no podía seguir viviendo la misma vida de antes. No podría asistir a bailes, partidos de naipes y reuniones semejantes. Su conciencia se lo decía. Así que resolvió ir a discutir la cuestión con el Sr. Moody. Fué a verle y dijo: 'Quiero ser franco con Vd. ¿Ahora que soy cristiano, tendré que dejar las carreras, y la caza del zorro, el teatro y los bailes?' 'Bueno, Sr. Studd', dijo el Sr. Moody, 'Vd. ha sido franco conmigo; yo seré franco con Vd. Las carreras significan apuestas, y las apuestas significan juego, y no veo cómo un jugador pueda ser cristiano. Haga Vd. las otras cosas mientras le agraden.' Mi padre le preguntó otra vez acerca del teatro y los naipes, y el Sr. Moody dijo: 'Sr.

Studd, Vd. tiene hijos y seres queridos; Vd, es ahora un hombre salvado y querrá que ellos se salven. Dios le dará algunas almas y en cuanto haya ganado un alma no le interesará ninguna de las otras cosas.' Efectivamente, con gran asombro de sus hijos y muchos otros, no le interesó más ninguna de ellas; le interesaba una sola cosa: la salvación de almas.

"Dejó las carreras; dió un caballo de caza a cada uno de sus hijos mayores y vendió los demás. Desocupó la gran galería de su casa en Tedworth, la proveyó de sillas y butacas, y solía hacer venir excelentes predicadores laicos, comerciantes y hombres de negocios de Londres, para predicar el evangelio a la gente de los alrededores. Recorría la campiña a caballo, invitando y persuadiendo a la gente que viniera, y cientos de personas lo hacían.

El cochero expresó lo que había sucedido de manera muy concisa. Un huésped le dijo: "He oído que el Sr. Studd se ha vuelto religioso o algo así." "Bueno, señor," contestó, "no entendemos mucho de eso, ¡pero lo que yo puedo decir es que, aunque tenga la misma piel, hay un hombre nuevo adentro!"

El Sr. Studd vivió tan sólo dos años después de esto. Su muerte ocurrió de una manera particular. Estaba en camino para asistir a una de las reuniones de Moody, cuando de pronto hizo detener el coche, pues se había olvidado de traer uno de los caballerizos a la reunión. Se apeó y dijo a los demás que siguieran viaje. Como era tarde, corrió todo el camino de vuelta y se reventó una vena de la pierna. Nunca se repuso de esto, pero como dijo el pastor que predicó el sermón en su sepelio: "Hizo más él en dos años, que la mayoría de los cristianos hacen en veinte." Escribía a sus amigos, cuando no les podía hablar, y a veces recibía contestaciones bastante ásperas. Hablaba sin temor a cualquier persona. Cierta hombre, dueño de una tienda en la Regent Street, de Londres, era un

agnóstico declarado; el Sr. Studd fué el único hombre que tuvo el coraje de hablarle acerca de su alma, y su hijo dijo después: "¡No recuerdo haber visto a mi padre tan enojado en toda su vida, por habersele hablado con tanta fidelidad!"